Curso de iniciación marxista

Dirigidos por
H. Duncker
A. Goldschmidt
K. A. Wittfogel

Curso: HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

Indice:

La Primera Internacional y la Comuna de París

Plan de trabajo

I. La Primera Internacional

II. La Comuna de París

EDITORIAL CENIT, S. A.
MADRID

Un cuaderno de 32 páginas el día 15 de cada mes / Precio, una peseta

Cuaderno: 4

CURSOS DE INICIACION MARXISTA

EDICION ESPAÑOLA DIRIGIDA POR W. ROCES

CURSO 1

ECONOMIA POLITICA

(EN DOCE CUADERNOS)

CUADERNOS PUBLICADOS:

Número 1

LA TEORIA MARXISTA DEL VALOR

Introducción.

Plan de trabajo: I.—Las contradicciones del régimen capitalista de producción. II.—La mercancía y su valor. III.—El valor como forma específica que el trabajo especial reviste en la sociedad productora de mercancías. IV.—Las formas del valor. Dinero y precio. V.—El fetichismo de la mercancía.

Número 2

CAPITAL Y PLUSVALIA (Primera parte.)

Plan de trabajo: I.—Capital y plusvalía. II.—Crítica del concepto «valor del trabajo» y de las ideas burguesas y «socialistas» acerca de las relaciones económicas entre el proletariado y la burguesía que se derivan de ese concepto. III.—Capital constante y capital variable. IV.—El capital y la plusvalía como categorías históricas.

Número 3

CAPITAL Y PLUSVALIA (Conclusión.)

Plan de trabajo: V.—Cuota de plusvalía y grado de explotación. VI.—La plusvalía absoluta. VII.—La plusvalía relativa. VIII.—Las condiciones de producción en la Unión Soviética.

Número 4

EL SALARIO Y LA ACUMULACION DEL CAPITAL (Primera parte).

Introducción.

Plan de trabajo: I.—El salario como forma engañosa del valor de la fuerza de trabajo. II.—El salario y el capital en el proceso de la reproducción simple. III.—El salario y el capital en el proceso de la reproducción compleja. IV.—La ley general de la acumulación capitalista: empeoramiento de la situación de la clase obrera.

Los siguientes cuadernos de este Curso aparecerán el día 1 de cada mes.

Precio de cada cuaderno suelto, en librerías y quioscos, 1 peseta. La suscripción combinada a los dos Cursos, I y II, 16,10 pesetas, que deben remitirse por giro postal al solicitar la suscripción a Editorial Cenit, S. A., apartado 1.229, Madrid.

Los individuos que quieran suscribirse y tengan ya adquiridos algún o algunos cuadernos se le rebajará el importe de la suscripción a razón de 0,70 pesetas por cuaderno que tengan ya comprado.

Bro 1577/25

2.° Curso **HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL** Cuaderno 4

Collectie M. Segall R. I.I.S.G.

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

57 e 721

Plan de trabajo

CAPÍTULO CUARTO. LA PRIMERA INTERNACIONAL Y LA COMUNA DE PARÍS

I. *La Primera Internacional.*

1. *Desarrollo del movimiento obrero en los principales países.*—El movimiento obrero en Inglaterra.—El movimiento obrero en Francia (Proudhon y el proudhonismo).—El movimiento obrero en Alemania (Lassalle y los lassalleanos).

2. *Fundación de la Internacional.*—Programa y Estatutos de la Internacional.

3. *Primera época de la Internacional.*—Lucha contra las tendencias proudhonianas.

4. *Segunda época de la Internacional.*—Lucha contra las tendencias bakuninistas.

5. *La guerra francoalemana y la Internacional.*

6. *Fin de la Primera Internacional.*

II. *La Comuna de París.*

1. *El Segundo Imperio.*—El movimiento obrero en Francia.—Caída del Imperio. El Gobierno de la «Defensa nacional».

2. *La Comuna.*—Errores e importancia histórica de la Comuna.—Actitud de Marx, de Lenin y de los «socialistas» ante el movimiento de la Comuna.

Introducción metódica al estudio del capítulo cuarto

1. *Sobre la Primera Internacional.*—Adviértanse las características del desarrollo político y económico de Europa en los años 1860 y siguientes y sus diferencias respecto a la época en que se desarrolló la revolución de 1848.

Compárense el Programa y los Estatutos de la Primera Internacional con los de la Internacional Comunista.

Analícense las fundamentales diferencias programáticas y tácticas que separan al marxismo del proudhonismo y del bakuninismo, dos variantes del socialismo pequeñoburgués, e investíguense las causas del gran predicamento alcanzado en los años 1870 y siguientes por las ideas de Bakunin.

Compárese la actitud mantenida por la Primera Internacional ante la guerra francoalemana y la conducta seguida por la Segunda Internacional ante la guerra mundial.

Al estudiar las causas que determinaron la ruina de la Internacional, procure el lector formarse una idea clara acerca de la situación del movimiento obrero en los distintos países del Occidente de Europa y de los

A 985
Bro 4° 40

cambios operados en la vida económica de esos pueblos en los años 1870 y siguientes.

2. *Sobre la Comuna de París.*—Adviértase cómo el proletariado francés abraza, durante la guerra francoalemana, la defensa de la patria y cómo esto conduce al bloque de la clase obrera con la pequeña burguesía. Analícense los distintos grupos y fracciones de la Comuna (blanquistas, jacobinos y proudhonianos).

Puntualícense los errores de la Comuna y póngase especial atención en estudiar el papel y la influencia de los elementos pequeñoburgueses dentro de su seno.

Estúdiense los juicios de Marx y de Lenin acerca de la Comuna y contrástense esos juicios sobre las experiencias de la Revolución de Octubre.

Capítulo cuarto: La Primera Internacional y la Comuna de París

I. La Primera Internacional

1. Desarrollo del movimiento obrero en los principales países

El fracaso de la revolución de 1848 trajo consigo un largo colapso en la vida política europea y permitió que se instaurase una desenfrenada reacción. Otra cosa aconteció con el desarrollo económico. Desde mediados del siglo XIX, el Occidente de Europa entra en una era de prosperidad industrial sin precedentes. Y este movimiento ascensional no se contrae solamente a los países más progresivos, como Inglaterra y Francia, sino que el capitalismo penetra también en los países rezagados, mediatizando y arrollando las formas precapitalistas de producción, arruinando a las masas campesinas y a las de la pequeña burguesía de las ciudades y creando por todas partes una industria capitalista y una clase obrera.

El desarrollo capitalista de *Inglaterra* sobrepuja con mucho al de los demás países. Ya poco después de mediar el siglo, el censo de habitantes de sus ciudades representa la mitad del censo total de la población. La extracción de carbón, que en el año 1800 había sido de 10 millones de toneladas, asciende en el año 1855 a 61 millones. La producción de hierro fundido, que en 1840 representaba 1.390.000 toneladas, arroja 3.218.000 toneladas en 1855. La expansión de la industria textil inglesa cobra proporciones gigantescas. En 1832, las fábricas textiles de toda Inglaterra contaban dos millones de husos; en 1858, los husos puestos en movimiento alcanzan ya la cifra de 28 millones. Durante los diez años que van de 1854 a 1864, la red ferroviaria inglesa crece de 8.034 a 12.789 millas de tendido. La Inglaterra de la segunda mitad de siglo es la primera potencia indiscutible del mundo capitalista.

La época de Napoleón III representa para *Francia* también un período de constante desarrollo del capitalismo.

La extracción de carbón de hulla, que en el año 1852 arrojaba la cifra de 4.904.000 toneladas, asciende, ya en 1862, a 10.317.000. La producción de hierro fundido experimenta durante esos mismos años un alza de 522.000 a 1.091.000 toneladas. El número de industrias movidas a vapor, que en 1840 sólo era de 3.200, es en 1852 de 6.500, y en 1862 asciende ya a 15.000. La red ferroviaria sólo abarcaba en 1840 1.832 kilómetros de tendido; en 1860 representa ya 9.439 kilómetros.

Sin embargo, la industria francesa va considerablemente a la zaga de la inglesa en lo tocante al grado de concentración, pues en ella desempeñan todavía un importante papel la pequeña y la mediana industria.

El capitalismo hace también grandes progresos en *Alemania*, que después de la revolución de 1848 abraza resueltamente la senda capitalista. La producción de carbón y de hierro va en aumento, la industria metalúrgica y textil se desarrollan, el tráfico ferroviario y marítimo se intensifica, crece el comercio exterior y con él avanza el proceso de concentración de la industria. Sin embargo, el fraccionamiento político de Ale-

mania en un conjunto de Estados entorpece notablemente el rápido desarrollo del capitalismo en este país.

Los avances del capitalismo no se limitan, ni mucho menos, a la Europa occidental. Es ésta precisamente la época en que el capitalismo se erige en sistema mundial, atrayendo a su órbita a países como Norteamérica y Rusia. El Occidente de Europa experimenta al mismo tiempo una serie de guerras nacionales que acaban consolidando la unidad nacional de Alemania e Italia.

El movimiento obrero, que se había estancado durante los primeros años siguientes a la derrota de la revolución del 48, comienza a reponerse a partir del año 50, si bien las organizaciones obreras, como es natural, empiezan a levantar cabeza como organizaciones extraordinariamente débiles, dispersas y sin una forma política clara.

El movimiento obrero en Inglaterra

La clase obrera inglesa de mediados de siglo vive todavía políticamente cohibida bajo la impresión de la derrota del cartismo. La prosperidad industrial desarrollada en Inglaterra, que se convierte precisamente en estos años en «taller del mundo», la imponente sangría de la emigración hacia los Estados Unidos y Australia, que priva a Inglaterra de los mejores y los más enérgicos elementos de su clase obrera (en espacio de pocos años, abandonaron el país cerca de dos millones de trabajadores), los salarios relativamente altos que percibían los obreros ingleses y las pequeñas proporciones del paro forzoso: todo parecía concitarse contra la restauración del extinguido movimiento obrero en Inglaterra. Una gran dispersión y una estrechez verdaderamente gremial de las organizaciones proletarias, el temor a las acciones políticas, la tendencia a no salirse de los angostos cuadros de la lucha económica: tales son los rasgos que caracterizan al movimiento obrero inglés de esta época. Durante estos años se desarrollan predominantemente las formas más socialmente inocuas y más infantiles de las organizaciones proletarias, tales como las ligas de abstemios, las cooperativas, las cajas de socorros mutuos; solamente éstas contaban en 1859 con tres millones de afiliados. Estas organizaciones distraen a la clase obrera de su intervención en la vida política y la desvían del camino resuelto de la lucha de clases.

Las tradeuniones se desarrollan poco e impregnadas siempre por un espíritu gremial. Toda su atención se concentra en la lucha por arrancar pequeñas concesiones económicas. En el terreno político, las tradeuniones van a remolque de los partidos burgueses y respaldan casi siempre a los partidos liberales.

Esta situación empieza a cambiar un poco cuando la crisis de 1857 se encarga de agudizar la lucha de clases. La ofensiva de los capitalistas, que se apresuran a echar todo el peso de la crisis sobre los hombros de los obreros, desata una oleada de movimientos huelguísticos, entre los cuales se destacan por su importancia las grandes huelgas planteadas por los obreros de la construcción en los años 1859 y 1861. Estas huelgas vinieron a sacudir la modorra de la clase obrera inglesa y a demostrarle palpablemente que aquellas viejas formas de organización y aquella falta de unidad dominantes en el movimiento obrero inglés no permitían desarrollar ninguna acción triunfal contra la burguesía. Así nació el primer Consejo sindical de Londres (1861) y la tendencia a formar grandes tradeuniones unificadas o fusionadas.

El movimiento obrero en Francia (Proudhon y los proudhonianos)

La matanza de junio de 1848 y la cadena de represalias que la siguió infligieron un rudo golpe al movimiento obrero francés. Así se explica que las doctrinas pacíficas y pequeñoburguesas de Proudhon, exentas de todo espíritu revolucionario, se pudiesen convertir en la tendencia ideológica predominante entre los obreros de Francia durante ese período.

Proudhon es enemigo del capitalismo. Pero para él la causa de la miseria reinante en la sociedad capitalista no radica en la esfera de la producción, sino en el mundo del cambio: es la creencia típica del pequeñoburgués. Y de ella se derivan las armas con las que Proudhon quiere luchar contra el capitalismo: organización de crédito barato mediante mutualidades, cooperativas, etc., etc.

Proudhon no tenía nada de socialista. La propiedad social sobre los medios de producción se le antoja una «gran tiranía» y la sociedad comunista un régimen gregario, una sociedad de esclavos. Proudhon es un defensor apasionado de la propiedad privada. Su ideal social es una colectividad de pequeños propietarios establecidos como productores independientes de mercancías y a los que el cáncer social del capitalismo todavía no ha contaminado.

Proudhon se declara adversario de que la clase obrera intervenga en la lucha política. Hasta la huelga le parece un arma inadmisible e «inmoral» de combate en manos del proletariado.

Como partidario de una sociedad antiautoritaria—de una asociación libre de comunas libres—, invita a quienes le siguen a mantenerse en una actitud pasiva frente al Estado. En vez de encauzar las fuerzas engendradas por el desarrollo de la propia sociedad capitalista hacia la lucha contra la burguesía, Proudhon y los proudhonianos aspiran a resolver la cuestión social fuera de la sociedad burguesa, a espaldas suyas, por decirlo así.

El proudhonismo representaba y daba expresión a los intereses de la clase artesana agonizante, que pugnaba por recobrar su importancia y su independencia económica. El predicamento que estas doctrinas rematadamente pequeñoburguesas y reaccionarias llegaron a alcanzar entre los obreros franceses sólo se explica por la falta de madurez política y de clase del proletariado de Francia en esta época. En toda una serie de ramas muy importantes de la industria francesa (producción de artículos de lujo, fabricación de vestidos y muebles, etc.) no se había trazado aún una línea divisoria clara entre el obrero asalariado y el artesano.

Ciertos sectores obreros hallábanse mediatizados por la influencia de los agentes del Imperio napoleónico. Para contener a los obreros, el bonapartismo se esforzaba en arrancarles la renuncia a la acción política mediante pequeñas concesiones materiales (socialismo policíaco). Existía, sin embargo, un pequeño sector de obreros entre los cuales gozaba de ascendiente el nombre de Blanqui. Blanqui luchaba por crear un grupo conspirativo de revolucionarios que en el momento propicio habrían de dar el golpe de Estado, instaurar su dictadura y acometer la transformación del orden social. Los blanquistas eran enemigos irreconciliables del Imperio napoleónico y libraban contra éste una enérgica batalla. Pero el blanquismo se preocupaba poco de los problemas económicosociales y no daba gran importancia a la labor de agitación y propaganda entre las masas, y esto es lo que explica su escasa difusión.

El fracaso de la revolución de 1848 quebrantó también considerablemente el movimiento obrero alemán. Hasta muy avanzada la década del 60, todavía vemos a las organizaciones obreras (formadas principalmente con fines culturales) figurar en el séquito de la burguesía liberal. Pero el rápido incremento que toma el capitalismo en Alemania y la transformación de ésta en un país de intenso desarrollo industrial durante esta década y la siguiente, imprimen gran impulso al movimiento obrero y le emancipan políticamente de la tutela de la burguesía. En 1862 se crea en Leipzig, a iniciativa de los obreros de Sajonia, un Comité central encargado de convocar un Congreso obrero de toda Alemania. El Comité central de Leipzig se dirigió a Lassalle (1825-1864), que ya por entonces había adquirido cierta celebridad como político radical, rogándole que le expusiera su opinión acerca de los deberes y objetivos de la clase obrera. La contestación de Lassalle, la famosa «Carta abierta» en que Lassalle subraya la necesidad de deslindar el campo entre los obreros y los «progresistas»—que formaban el partido de la burguesía liberal—, fundando una organización proletaria independiente, fué convertida por el Comité central en plataforma del movimiento obrero de Alemania. Y el 23 de mayo de 1863 se creó en Leipzig la Liga general obrera alemana, dirigida por Lassalle, a quien se eligió presidente por cinco años, y después de su muerte, desde 1867 a 1871, por Schweitzer (1833-1875).

No puede negarse a Lassalle el mérito de haber contribuido a despertar en el proletariado alemán la conciencia de clase y a organizarlo en potencia independiente. Pero Lassalle fué, además, el padre y el precursor del oportunismo en Alemania, y sus doctrinas influyeron deplorablemente en el movimiento obrero alemán.

Ni su táctica ni sus ideas fundamentales se movían dentro de la órbita del marxismo. En sus campañas contra la burguesía liberal, Lassalle se cuidaba de no irritar demasiado a la aristocracia, confiando en que Bismarck otorgaría a la clase obrera, a cambio del apoyo que le prestaba, ciertas concesiones. En última instancia, esta táctica tenía que acabar necesariamente convirtiendo el movimiento obrero en aliado del absolutismo prusiano. Por eso Marx, como revolucionario proletario inflexible que era, hubo de condenar resueltamente esa «política realista» de Lassalle como una traición contra la causa del proletariado (*).

Lassalle no pisaba en el terreno del materialismo histórico; su formación filosófica era idealista. Tampoco tenía una idea clara en lo tocante al carácter de clase del Estado burgués; según su modo de ver, el «verdadero carácter del Estado ha sido siempre la educación y desarrollo del hombre para la libertad». Con esta concepción burguesa e idealista del Estado, era natural que Lassalle exagerase el papel y la trascendencia del sufragio universal y creyese que sólo éste podía brindar «una representación perfecta de los intereses sociales de la clase obrera y una verdadera abolición de los antagonismos de clase» (frases tomadas de los Estatutos de la Liga general obrera alemana [1863]). Los «socialistas» alemanes de hoy [ni más ni menos que los españoles] comparten de lleno esas ideas de Lassalle y comulgan en su fe en la «democracia pura» (*).

Ante los problemas más importantes (unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia, aprobación de la germanización violenta de Polonia y de los planes de anexión de Bismarck), Lassalle adoptaba una posición marcadamente socialpatriótica. Por eso no tiene nada de extraño que uno de esos socialdemócratas convertido en agosto de 1914 en socialpatrioteros, escribiese:

«Lassalle, muerto, vive hoy más que nunca: vive, o debiera, por lo menos, vivir no ya en su partido, sino en la totalidad del pueblo alemán» (1925).

Y, no obstante, a pesar de todos estos aspectos fundamentalmente reformistas y antirrevolucionarios de su doctrina, hay que reconocer que Lassalle ejerció una importancia positiva en la historia del movimiento obrero alemán; para explicarnos esto, nos basta saber que Lassalle difundió entre el proletariado alemán toda una serie de ideas marxistas, sin aludir para nada, por lo demás, a la verdadera fuente de donde tomaba esas ideas (**). Lassalle no supo penetrar con su análisis en los diferentes cimientos de clase sobre que se asentaban los enemigos del proletariado. La clase campesina era, según su modo de ver, una masa perennemente conservadora y antiobrera. Lassalle no era tampoco internacionalista.

«A diferencia del *Manifiesto Comunista* y de todo el socialismo anterior—dicen Marx y Engels en su «Crítica del programa de la socialdemocracia», pg. 30—, Lassalle enfocaba el movimiento obrero desde el más estrecho punto de vista nacional.»

La Liga general obrera alemana declaró, al organizarse la Primera Internacional, que reconocía los principios fundamentales de esta organización, si bien las leyes prusianas vigentes no le permitían mantener estrecho contacto con ella. El proletariado alemán poseía una segunda organización: el «Partido obrero socialdemócrata» (fracción de Eisenach), fundado en 1869 en el Congreso celebrado en Eisenach por la «Liga de sociedades obreras» (asociaciones de cultura obrera), y que empezó pactando un bloque con el partido popular de Sajonia, formado por radicales demócratas pequeñoburgueses. A la cabeza del partido obrero socialde-

(*) En la «Historia de la Socialdemocracia alemana», obra, por lo demás, muy notable, Mehring, su autor, comete el grave error de querer justificar las maniobras políticas de Lassalle y de Schweitzer. Mehring acusa a Marx injustamente de aversión contra Lassalle. Recientemente se han descubierto cartas que prueban indiscutiblemente que Lassalle llegó a concertar una alianza con Bismarck y que Schweitzer recibió de éste subvenciones en dinero. Marx no se equivocaba, pues, cuando en 1865 escribía a Kugelmann (en una carta que Kautsky tuvo inédita durante mucho tiempo, hasta que por último, en 1919, se decidió a publicarla, cuando ya habían surgido ciertas diferencias entre él y el ala derecha de la socialdemocracia): «... Lassalle ha traicionado materialmente al partido. Ha sellado un pacto formal con Bismarck (sin tener en la mano, naturalmente, garantías de ningún género). En ese pacto se comprometía a trasladarse a Hamburgo a fines de septiembre de 1864, y allí (en unión del loco Schramm y del confidente policíaco prusiano Marr) coaccionar a Bismarck a la anexión del Schlesvig-Holstein, es decir, proclamarla en nombre de los «obreros». A cambio de esto, Bismarck prometía el sufragio universal y unas cuantas charlatanerías socialistas.» (Marx, *Cartas a Kugelmann*, ed. alem., pg. 20.)

(*) Véase el artículo de H. Duncker titulado «La leyenda de Lassalle», en *La Internacional*, 1925, pgs. 242 ss.

(**) «Lassalle se sabía de memoria el *Manifiesto Comunista*, como sus devotos los escritos milagrosos redactados por él. Cuando, por tanto, lo falsificaba toscamente era con ánimo deliberado, para paliar la alianza con los enemigos absolutistas y feudales contra la burguesía.» (Véase Marx-Engels, en su «Crítica del programa socialdemócrata», pg. 29.) En una de sus cartas a Kugelmann (página 19), Marx se expresa todavía con mayor dureza y habla del «descarado plagiarismo» cometido por Lassalle con sus obras.

mócrata figuraban Guillermo Liebknecht (1826-1900) y Augusto Bebel (1840-1913). Los de Eisenach, aun compartiendo una parte de los errores fundamentales de Lasalle, hallábanse mucho más cerca del marxismo y mantenían estrecho contacto con la Internacional.

2. Fundación de la Internacional

En la década del 60, cobró cierto incremento el movimiento obrero de Inglaterra y Francia. La guerra norteamericana de Secesión (1861-1865) dejó desabastecidos los mercados de algodón de Europa, provocando con ello una grave crisis en la industria textil. Decenas de miles de obreros fueron lanzados a la calle. Los capitalistas esforzábanse por empeorar sistemáticamente las condiciones de trabajo. Esto obligó a los obreros a adoptar medidas de resistencia. A iniciativa del Consejo sindical de Londres, formóse en Inglaterra un Comité especial para socorrer a los obreros sin trabajo. Otro Comité de ese género surgió también en Francia. Ambos organismos establecieron contacto entre sí. Ello permitía a los obreros ingleses y franceses convencerse por sus propios ojos de la solidaridad de intereses que unía a los obreros de los distintos países.

Otro acontecimiento que vino a conmover al proletariado de Europa fué el alzamiento ruso-polaco de 1863, que despertó apasionadas simpatías en la clase obrera. Entre los obreros de Inglaterra y Francia se produjo un movimiento de solidaridad hacia los sublevados: organizáronse mitines y manifestaciones, de donde salían pliegos dirigidos a los Gobiernos para que acudiesen en ayuda de Polonia. En el año 1863, se organizó en Londres un mitin internacional de homenaje a los sublevados polacos, en el que tomaron parte los tradeunionistas ingleses y varios representantes del proletariado francés. Sobre la experiencia de este mitin, los tradeunionistas propusieron que se deliberase acerca de la necesidad de crear una organización permanente entre los obreros ingleses y los trabajadores continentales. Para los tradeunionistas de Inglaterra tenía capital importancia el problema de la concurrencia de la mano de obra extranjera, que los capitalistas ingleses reclutaban, en condiciones de gran baratura, en los mercados de Francia, Bélgica y Alemania; había que buscar el modo de luchar contra esto llegando a una inteligencia con las organizaciones obreras de todos estos países. Se acordó, pues, que los obreros ingleses se dirigiesen, haciendo un llamamiento en ese sentido, a los obreros franceses. En esta alocución, redactada poco después de recaído ese acuerdo, se dice:

«La fraternidad de los pueblos es sobremanera necesaria en interés de los trabajadores, pues cuantas veces intentamos mejorar de situación, consiguiendo una reducción de la jornada de trabajo o un alza en los jornales, los capitalistas nos amenazan con importar obreros franceses, belgas y alemanes, dispuestos a ejecutar nuestro trabajo por salarios más reducidos... Y, desgraciadamente, esta amenaza se lleva a la práctica con bastante frecuencia.»

Hasta pasado un año, no pudieron contestar a este llamamiento los obreros franceses, pues por entonces las organizaciones obreras de Francia tenían concentrada toda su atención en las elecciones a la Cámara de los diputados, en las que por primera vez luchaban con una candidatura propia. Para razonar la necesidad de ello, se lanzó una proclama que llevaba el título de «Manifiesto de los Sesenta» (1864). En lo tocante

a la crítica del régimen burgués, este manifiesto abraza el punto de vista de Proudhon, pero en las cuestiones de táctica política se separa abiertamente de él. El manifiesto proclama la necesidad de crear una organización política especial dentro de la clase obrera y de presentar candidatos obreros en las elecciones.

La contestación de los obreros franceses al mensaje inglés reproduce en forma resumida la crítica proudhoniana de la concurrencia capitalista y de los monopolios del capital. Y a diferencia de los obreros ingleses, que hacían resaltar la lucha sindical, los franceses hacen especial hincapié en las cuestiones del progreso industrial, división del trabajo y librecambio.

«Progreso de la industria, división del trabajo, libertad del trabajo: he ahí otros tantos problemas nuevos que solicitan desde ahora nuestra atención, pues con ellos cambiarán de raíz las condiciones económicas de la sociedad. Atento a las necesidades de los tiempos, obligado por las circunstancias, el capital se concentra y acumula en potentes sociedades financieras e industriales. Y si no nos ponemos en guardia contra eso, no le saldrá al paso ninguna fuerza contraria, y nos veremos expuestos a un régimen despótico... Es necesario que nosotros, obreros de todos los países, nos unamos para levantar una barrera contra ese sistema funesto; de otro modo, la humanidad se verá dividida en dos clases: una masa inmensa de hombres incultos y un puñado de dignatarios y de mandarines hartos.»

La delegación enviada por los obreros franceses con el mensaje de respuesta, desembarcó en Inglaterra en el mes de setiembre de 1864. El 28 de setiembre se celebró en Londres la histórica asamblea que puso la primera piedra de la Internacional. Esta asamblea, después de acoger el mensaje inglés y la contestación de los obreros franceses, acordó fundar una asociación obrera internacional, y se nombró un Comité encargado de redactar el programa y los estatutos de la nueva organización.

A este Comité se incorporaron representantes de los obreros ingleses y franceses y algunos emigrados alemanes e italianos residentes en Londres. Entre las personas nombradas para el Comité figuraba Carlos Marx. La composición del Comité no podía ser más heterogénea y reflejaba claramente toda la variedad de formas de organización y de corrientes ideológicas que tenía dividido al movimiento obrero. En el Comité había tradeunionistas, owenistas, cartistas, proudhonianos, blanquistas, comunistas alemanes, revolucionarios polacos e italianos: gentes que abrigaban las ideas más dispares, y en ocasiones francamente contradictorias, acerca de todos los problemas esenciales del movimiento obrero. Por eso, cuando el Comité encargó a Marx la ponencia o proyecto del programa de los estatutos, le colocó en una situación dificilísima, ya que, sin desviarse en un punto de sus convicciones revolucionarias, tenía que ejecutar el encargo de modo que su proyecto no chocase con ninguna de las tendencias representadas en el Comité. Y, en efecto, Marx cumplió maravillosamente con su cometido: la alocución inaugural redactada por él y aceptada por el Comité y los estatutos de la Primera Internacional, obra suya también, se convirtieron, no tardando, en el fundamento ideológico de la lucha de clases del proletariado internacional y en documentos históricos y universales del comunismo.

La alocución inaugural viene a ser un manifiesto, redactado para servir de introducción al programa de la Internacional. Este mensaje, en el que se pinta a grandes trazos la situación de la clase obrera, llega a la conclusión de que, pese al gigantesco desarrollo de la industria y del comercio, la penuria de la clase obrera no ha disminuido ni podrá encontrar remedio radical mientras el capitalismo se halle en pie. Se hacen resaltar dos triunfos arrancados por la clase obrera en los últimos diez años: la ley inglesa sobre la jornada de diez horas y las cooperativas, nacidas también en Inglaterra.

«La ley sobre la jornada de diez horas no fué sólo un gran triunfo práctico, sino que fué también el triunfo de un principio. Por vez primera y a la luz del día, la Economía política de la burguesía sucumbe ante la Economía política de la clase obrera.»

Las cooperativas, viniendo a demostrar también por vez primera «con hechos y no con argumentos» la posibilidad de una gran industria organizada y dirigida sin intervención de la burguesía, representaban igualmente un triunfo de los principios. Sin embargo, las cooperativas no podrían contenr jamás por sí solas, bajo las condiciones de la sociedad capitalista, el desarrollo del capitalismo ni emancipar a la clase obrera; no había, pues, que exagerar su importancia.

La emancipación del proletariado reclamaba la conquista del Poder político. Tal era, en los tiempos que corrían, la misión primordial que a la clase obrera se le planteaba. Los terratenientes y los capitalistas—proseguía la alocución—lucharían siempre por mantener sus privilegios políticos y consolidar de ese modo su hegemonía económica. Frente a su poderío, los obreros sólo llevaban una ventaja seria para el triunfo: el número.

«Pero la masa sólo cuenta cuando está encauzada en una organización y dirigida por una norma.»

Por eso las luchas de la clase obrera reclamaban la unión internacional de todas sus fuerzas, y a llenar ese cometido venía precisamente la *Asociación obrera internacional*. La política de los Estados burgueses, basada en la opresión de la clase obrera, desencadenaba guerras criminales de rapiña y rompía las filas de los trabajadores. Contra esta política de fuerza y de opresión, el proletariado debía tomar partido enérgicamente.

Los Estatutos de la Internacional declaraban que

«la emancipación de la clase obrera tiene que ser obra de la clase obrera misma...
Considerando:
que la supeditación económica del obrero a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es lo que sirve de base a la esclavitud en todas sus formas, a la miseria social, al raquitismo espiritual y a la mediatización política;
que, por tanto, la emancipación económica de la clase obrera es la gran meta a que debe subordinarse como medio todo movimiento político;
que hasta hoy todos los esfuerzos encaminados a la consecución de ese fin han fracasado por las divisiones existentes entre los obreros de las distintas ramas de trabajo en cada país y por la ausencia de una alianza fraternal entre las clases obreras de los distintos países;
que la emancipación de la clase obrera no es sólo un problema local o nacional, sino un objetivo social que interesa por igual a todos los países en que rige la sociedad moderna, objetivo que sólo podrá alcanzarse mediante la cooperación mutua, práctica y teórica, de los países más adelantados...
se funda la Asociación obrera internacional.»

La estructura orgánica de la Internacional era la siguiente:

Los afiliados a la Internacional formaban en cada país una sección de ésta, que dirigía el Consejo nacional federativo. Los Congresos internacionales, convocados periódicamente, deliberaban acerca de las cuestiones más salientes del movimiento obrero y elegían el Consejo general, que era el organismo directivo supremo de la Asociación. Aunque dotado de plenos poderes, el Consejo general no podía, en la práctica, convertirse en central con iniciativa propia de carácter ejecutivo en cuestiones de organización; en rigor, sus funciones se reducían a encauzar ideológicamente el movimiento proletario internacional. Estos principios fundamentales que servían de base a la organización de la Primera Internacional fueron luego olvidados por la Segunda. La Oficina Socialista Internacional fundada por ésta no tenía apenas ningún derecho y se limitaba a ejercer funciones de estadística e información. La Tercera Internacional, recogiendo las enseñanzas de la Primera, desarrolló sus principios de organización y creó sobre esa base un partido comunista mundial, unificado, centralizado y coherente.

3. Primera época de la Internacional

Lucha contra las tendencias proudhonianas

La Internacional no pudo celebrar su primer Congreso, el de Ginebra, hasta setiembre dee 1866. Formaban mayoría, en este Congreso, los proudhonistas (delegados franceses y suizos). Con ellos se enfrentaban los ingleses, que acudían a las sesiones pertrechados con materiales sobre el orden del día redactado por Marx.

Ya al aprobarse los estatutos, los proudhonistas pidieron que se cerrasen las puertas de la Internacional a cuantos no fuesen obreros manuales. Poco después, puesta a debate la cuestión de la ayuda mutua internacional y de la lucha entre el capital y el trabajo, los prodhonistas se alzaron contra las huelgas, abogando, en cambio, por la organización de sociedades de socorros mutuos. Su actitud era especialmente reaccionaria en lo tocante al trabajo de la mujer, pues se declaraban resueltamente contrarios a la intervención de ésta en la vida pública y en la producción. Su tesis era la de la «santidad del hogar para la mujer» y aspiraban a convertir esta ideología suya, mezquinamente burguesa, en programa de todo el proletariado internacional. El Congreso rechazó, en su parte sustancial, las propuestas de los proudhonistas.

En punto a las organizaciones sindicales, el Congreso votó unánimemente las tesis redactadas por Marx, en que se consideran los sindicatos como focos de organización de la clase obrera, de que el proletariado debe servirse, no sólo para sus luchas económicas diarias, sino también para su finalidad más importante: la abolición del régimen del salariado. Esta ponencia sobre los sindicatos sigue siendo un modelo de concepción auténticamente revolucionaria sobre el papel y la significación de las organizaciones sindicales.

El Congreso se declaró partidario de liquidar con las influencias im-

perialistas de Rusia y abogó por la restauración de Polonia sobre principios socialdemocráticos. Sentó, además, el principio de que la clase obrera debía luchar por imponer leyes de protección del trabajo, la jornada legal de ocho horas y la protección y reglamentación del trabajo de la mujer y del niño.

El Congreso de Ginebra despertó vivo eco en todos los países. Como ejemplo de las relaciones mantenidas por las organizaciones proletarias con la Internacional, citaremos el acuerdo de la Conferencia de los tradeunionistas ingleses reunida en Sheffield (1866), en el que se hace constar «el reconocimiento ilimitado que merece la Internacional, en sus esfuerzos por unir a los obreros de todos los países mediante los lazos comunes de la fraternidad», y se recomienda a todas las organizaciones sindicales que se adhieran a la Asociación internacional.

Afiliáronse a ésta una serie de tradeunionistas ingleses. En Francia se constituyeron también varias sesiones. La Internacional conquistó gran popularidad entre las masas obreras de Suiza, Italia, Alemania y Bélgica. Es interesante advertir que, al principio, la Prensa burguesa adoptó frente a la Internacional una actitud muy correcta. Pero, cuando la intervención del nuevo organismo en los movimientos de huelgas y los acuerdos de sus congresos abrieron un poco los ojos a la burguesía, la Internacional se convirtió en seguida en una «banda de ladrones e incendiarios», de facinerosos para quienes no había nada respetable en el mundo, que aspiraban a instaurar la anarquía, a demoler la civilización, etc., etc.

El segundo Congreso de la Internacional se reunió en Lausana en el mes de septiembre de 1867. En él se votó también una ponencia proudhoniana sobre la cuestión de los créditos y de los Bancos populares, aconsejándose a los sindicatos la creación de un «sistema de crédito nacional».

Al discutirse el papel del Estado, se presentó una enmienda según la cual el suelo debía ser declarado propiedad común. Los delegados franceses hicieron a esta enmienda viva oposición, y el Congreso acordó poner ese punto en el orden del día del Congreso siguiente. La Asamblea de Lausana hizo pública, al igual que el Congreso precedente, una protesta contra las guerras atizadas por la política de los Gobiernos burgueses. Este Congreso proclamó asimismo que la emancipación social de los trabajadores era inseparable de sus luchas políticas y que, por tanto, la primera y más importante misión del movimiento obrero era la conquista de las libertades políticas. Y tal importancia asignaba a esta proclama, que decidió reiterarla todos los años.

A partir del Congreso de Lausana, la influencia de la Internacional entre las masas obreras creció sin cesar. Especial importancia tuvo la intervención de la Internacional en una serie de movimientos de huelga. La Internacional apoyaba a los huelguistas, organizaba colectas para ellos en todos los países y salía al paso de las maniobras de los capitalistas, cuando éstos intentaban reclutar a obreros extranjeros como esquiroles.

La huelga triunfal de los broncistas parisinos, sostenida por la Internacional, despertó en Francia las simpatías generales de los obreros hacia la nueva Asociación. Y como a consecuencia de aquella huelga, la Policía napoleónica «disolviese» (en 1868) las secciones parisinas de la Internacional, la autoridad de ésta creció más todavía a los ojos de las masas trabajadoras.

Las secciones de la Internacional cobraron también gran incremento en Bélgica y en Suiza. También se crearon nuevas secciones en Italia. Por

último, la influencia de la Internacional penetró en Austria y en Alemania. Hay una carta del Consejo general dirigida a las tradeuniones inglesas que demuestra la gran influencia moral que la Internacional había conquistado entre las masas obreras:

«Cuando Bismarck quiso implantar en Alemania la reforma aduanera, la Cámara de Comercio de Barmen-Elberfeld se opuso, objetando que los fabricantes prusianos no podían competir con los ingleses sin rebajar los salarios, y que en esto no había que pensar, dada la rápida difusión y la influencia cada vez mayor de la Internacional.»

Como se ve, la Internacional supo convertirse ya en los primeros años en una organización respetada y temida, rodeada de las simpatías entusiastas de las masas obreras y de un ambiente de temor por parte de la burguesía.

El tercer Congreso de la Internacional celebróse en Bruselas, en setiembre de 1868. De los 96 delegados que acudieron a este Congreso, 55 eran belgas, 18 franceses, 11 ingleses, unos cuantos suizos y alemanes y uno italiano. El Congreso de Bruselas se ocupó en primer lugar de la cuestión de la guerra. La agudización de los conflictos internacionales en aquella época histórica explica la gran atención que al problema de la guerra dedicaba la Internacional. Acababa de terminar la guerra entre Austria y Prusia ((1866) y estaba en puerta la guerra francoalemana. La situación internacional era en extremo tirante, y la guerra podía estallar de un momento a otro. El Congreso de la Internacional alzó su encendida voz de protesta contra la guerra e invitó a los obreros a declararse en huelga si ésta estallaba.

El Congreso de Bruselas proclamó la huelga en general como arma necesaria de la lucha de clases del proletariado, sin que los proudhonianos votasen ahora en contra de la propuesta.

La cuestión de la propiedad suscitó apasionados debates. El ponente presentó al Congreso una propuesta de tipo colectivisita, a la que se opuso la fracción proudhoniana. Por fin, por 30 votos contra 4 y 15 abstenciones, el Congreso votó un acuerdo en que se declaraba que

«el desarrollo económico de la sociedad moderna hace una necesidad social de la transformación del suelo en *propiedad colectiva*, y que el Estado deberá arrendar la tierra a los municipios agrícolas en las mismas condiciones que las minas y los ferrocarriles;

que

«las vías de tráfico deben pertenecer en propiedad colectiva a la sociedad»

y que en una sociedad normal

«las canteras, minas de hulla y demás yacimientos mineros deben pertenecer, al igual que los ferrocarriles, a la colectividad social representada por el Estado.»

Este acuerdo colocaba a la Internacional en un terreno abiertamente comunista.

A propuesta de los delegados alemanes, el Congreso dirigió un saludo a Marx, que acababa de publicar el volumen primero de su *Capital*, y declaró que

«Carlos Marx, primer economista que había sometido el capital a un análisis científico, prestaba con ello un servicio inapreciable.»

Si bien el Congreso de Bruselas revela la decadencia del proudhonismo, no por ello se restablece la unidad ideológica en las filas de la Internacional, pues el puesto que dejaba vacante el proudhonismo venían a ocuparlo las ideas de Bakunin, contra el que la Internacional hubo de reñir todavía batallas más duras y encarnizadas.

4. Segunda época de la Internacional

Lucha contra las tendencias bakuninistas

Miguel *Bakunin* (1814-1876), revolucionario y emigrado ruso y principal caudillo y mantenedor teórico del anarquismo, se separaba radicalmente de Marx en todos los puntos fundamentales del movimiento obrero. Para Bakunin, la principal misión de la revolución social consistía en destruir el Estado, en quien veía el culpable de toda la miseria social y la fuente de todas las desigualdades económicas. Según él, destruido el Estado, se hundiría automáticamente el capitalismo y sobre sus escombros florecería el nuevo orden social libre de toda autoridad.

Llevado de estas ideas, Bakunin tildaba de oportunismo condenable toda intervención en las luchas políticas de la vida diaria. La misión del verdadero revolucionario estaba, para él, en preparar a las masas mediante la propaganda, ilustrándolas acerca de los fines de la revolución social y organizando el alzamiento armado.

Bakunin era partidario de la propiedad colectiva sobre el suelo, sobre las minas y sobre las empresas industriales. Su ideal social era una federación no autoritaria de asociaciones autónomas agrícolas e industriales. Pero no estaba suficientemente enterado de los problemas económicos. Por eso mezclaba sus ideas colectivistas con el postulado utópico y pequeñoburgués de una «equiparación política, económica y social de las clases», que había de comenzar con la abolición del derecho de herencia, idea ésta que Bakunin tomaba de Saint-Simon.

Es curiosa la idea que se formaba Bakunin acerca de las fuerzas propulsoras de la revolución social. A Bakunin no se le alcanzaba el papel directivo de la clase obrera en la revolución; creía que Marx exageraba considerablemente la importancia del proletariado. Para él, las principales fuerzas motrices de la revolución eran aquellas capas sociales que más padecían y a quienes la sociedad moderna condenaba a la desesperación: los campesinos pobres de solemnidad, totalmente arruinados, el proletariado andrajoso y la juventud intelectual, con su gran capacidad de asimilación para las ideas revolucionarias.

Las ideas de Bakunin no eran las ideas del proletariado industrial.

«El campesino arruinado por los avances del capital, el artesano reducido a la ruina, el pequeño comerciante... que se ve constantemente oprimido por el capitalismo y experimenta no pocas veces una penuria increíble e increíblemente rápida, se deja llevar fácilmente de un revolucionarismo extremo, pero es incapaz de demostrar tenacidad, organización, disciplina y perseverancia.» (Lenin.)

El pequeño burgués, «espantado» por los horrores del capitalismo, de una parte, y de otra, aquellos sectores obreros que acababan de desprenderse de la pequeña burguesía, absorbidos por la retorta de la fábrica, eran las capas sociales cuyas ideas y cuyo estado de ánimo se reflejaban en el bakuninismo. Por eso la doctrina de Bakunin tuvo especial predicamento en países como Italia, Suiza, España y Bélgica, en que empezaba a levantar cabeza el capitalismo.

En la década del 60, Bakunin tomó parte en los trabajos de una organización pacifista burguesa, la «Liga de la Paz y la Libertad», con la que no rompió hasta 1868. Luego fundó la «Alianza internacional de la democracia socialista», en cuyo programa aparecían desarrolladas todas las ideas bakuninistas. En una carta dirigida a Marx por aquellos días, escribe Bakunin:

«Estoy haciendo ahora lo que tú iniciaste hace veinte años. Después de separarme definitivamente de la burguesía en el Congreso de la «Liga de la Paz y la Libertad» celebrado en Berlín, ya no tengo nada que hacer con la sociedad burguesa, sino sólo con el mundo de los trabajadores. Mi patria es ahora la Internacional, entre cuyos principales fundadores te encuentras tú. Ya ves, pues, mi querido amigo, que soy discípulo tuyo, y me siento orgulloso de serlo.»

La «Alianza» se dirigió al Consejo general, solicitando su ingreso en la Internacional como organización cerrada. El Consejo general no podía admitir, naturalmente, que en el seno de la Internacional viniera a incrustarse una asociación independiente, que tenía también carácter internacional, su programa propio y sus estatutos especiales. En vista de esto, la «Alianza» fué disuelta formalmente y sus secciones ingresaron en la Internacional. Pero la realidad era que la «Alianza» seguía funcionando secretamente como centro organizador e ideológico desde el que Bakunin se proponía conquistar la Internacional.

El cuarto Congreso, celebrado en Basilea en 1869, coincidió con el momento de apogeo de la Internacional.

La influencia de esta organización en Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania seguía creciendo. Al Congreso de Basilea acudieron por vez primera delegados de España y de los Estados Unidos.

En vista del desarrollo de la Internacional, el Congreso acordó ampliar las facultades del Consejo general y autorizarle para expulsar a las secciones que no se atuviesen a la línea trazada.

Surgió el primer choque con Bakunin cuando éste proclamó la necesidad de abolir el derecho de herencia, basándose en que este derecho «hacía irrealizable la justicia política y económica e impedía la instauración de la igualdad social».

Los vocales del Consejo general se declararon contrarios a esta propuesta, demostrando que el derecho de herencia no era causa, sino efecto del régimen económico y que pretender acometer la transformación social aboliendo el régimen hereditario era como querer domar al caballo por la cola.

La lucha desatada en este Congreso entre los bakuninistas y los partidarios del Consejo general siguió luego riñéndose en las secciones de la Internacional. La contienda se agudizó muy especialmente en Suiza, donde ya en abril de 1870 se produjo la escisión.

5 La guerra franco-alemana y la Internacional

Entre tanto, se preparaban en la palestra internacional acontecimientos que habían de influir poderosamente en los destinos de esta organización obrera.

La guerra desatada entre Francia y Prusia impidió la celebración del Congreso de la Internacional que había de reunirse en Alemania en julio de 1870. Los obreros franceses y alemanes afiliados a la Internacional lanzaron vibrantes protestas contra la guerra. El Comité general se dirigió a todas las secciones con una proclama (fechada en 23 de julio de 1870), en la que se condena la política de las clases gobernantes de la Francia bonapartista y de la Prusia aristocrática, política que había conducido a aquella «guerra abominable».

«Mientras que la Francia oficial y la Alemania oficial se lanzan a una lucha fratricida, entre los obreros de ambos países se cruzan mensajes de paz y fraternidad.»

En otra proclama, lanzada el 9 de septiembre de 1870, cuando ya la catástrofe militar del ejército francés había determinado la caída del Imperio y la proclamación de la República en Francia, el Consejo general protestaba contra los planes de anexión de la burguesía alemana, advirtiendo que su realización echaría a Francia en brazos de Rusia y sembraría fatalmente el germen de nuevas y más homicidas guerras.

Por su parte, los internacionalistas alemanes luchaban valientemente contra la guerra y la anexión de Alsacia-Lorena. Bebel y Liebknecht—que no habían querido votar los créditos de guerra—fueron acusados de alta traición y condenados a dos años de fortaleza. Las secciones de la Internacional en Suiza, Bélgica y Austria protestaron también enérgicamente contra los planes anexionistas de Alemania. La Internacional y sus secciones dieron, con su actitud ante la guerra francoalemana, ejemplo de una política probada y verdaderamente internacionalista, emancipada de todo nacionalismo.

Al sobrevenir el alzamiento del 18 de marzo de 1871 y la proclamación de la Comuna de París, la Internacional abrazó incondicionalmente y sin reservas la defensa de la *Commune*, haciendo de su causa la causa de todo el proletariado internacional. El Consejo general expulsó del seno de la Internacional como tránsfuga a Tolain, por haberse pasado a los versalleses, y proclamó que el puesto de todo afiliado francés a la Internacional estaba ahora en las filas de la Comuna.

Pero, antes de exponer la historia de la Comuna de París, que fué el más importante acontecimiento de todo el movimiento obrero moderno hasta el año 1917, hemos de ver cómo terminó la historia de la Primera Internacional.

6. Fin de la Primera Internacional

La represión de la Comuna (mayo de 1871) influyó poderosísimamente en los derroteros de la Internacional. El movimiento obrero francés, sobre el que la burguesía cayó con el terrorismo más salvaje, quedó postrado para varios años. El movimiento obrero alemán entró también en una era de persecuciones, pues el Gobierno creyó oportuno vengarse en los jefes

obreros de su valiente conducta durante la guerra y de su solidaridad con la Comuna. Esto sustraía a Francia y a Alemania, como se comprende, por lo menos en gran parte, a la órbita de influencia de la Internacional.

También en Inglaterra cedió considerablemente la influencia de la Internacional sobre las tradeuniones. Después de arrancar a la burguesía unas cuantas concesiones políticas (derogación de una serie de restricciones contra los sindicatos en los años de de 1871 a 1875, etc.), los caudillos de las tradeuniones inglesas fueron entregándose cada vez más de lleno a la influencia de la burguesía liberal. Además, algunas tradeuniones rompieron con la Internacional por su solidaridad con la Comuna. La prosperidad económica experimentada por Inglaterra en la década del 60, y que permitía a la burguesía inglesa invertir una parte de sus beneficios extraordinarios en sobornar a los dirigentes de la clase obrera, acabó convirtiendo las tradeuniones en firme columna del régimen existente y en el más grande de los obstáculos que se interponían ante el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado inglés.

A esto hay que añadir las encarnizadas luchas intestinas libradas entre los marxistas y los bakuninistas, luchas que se recrudecieron considerablemente después de la caída de la Comuna.

Así, por ejemplo, mientras que para Marx la importancia capital de la Comuna estaba en ser «un Gobierno de la clase obrera..., la forma política por fin descubierta, bajo la que podía llevarse a cabo la emancipación económica del trabajo», para Bakunin «la Comuna de 1871 era, ante todo y sobre todo, la negación del Estado». El error más grande de la Comuna, según él, era haber instaurado en París la dictadura revolucionaria.

En setiembre de 1871, una conferencia de la Internacional celebrada en Londres votó un acuerdo en el que se decía que

«la organización del proletariado en partido político es necesaria para asegurar el triunfo de la revolución social y su meta última: «la abolición de las clases», y recordó a todos los afiliados a la Internacional que en el plan de lucha de la clase obrera estaban íntima e inseparablemente unidos el movimiento económico y la actuación política.»

Con este acuerdo quedaban definitivamente descalificadas las ideas bakuninistas acerca del abstencionismo político de la clase obrera.

Las secciones bakuninistas de Suiza, donde la escisión de la Internacional había comenzado ya a principios de 1870, decidieron, en vista de esto, darse una organización perfectamente autónoma. Esta nueva organización, la llamada «Federación jurasiana», dirigió una proclama a las demás secciones de la Internacional y formuló contra el Consejo general de ésta la acusación de dictadura y de aplazamiento deliberado de la Conferencia de Londres. Las secciones italiana, española y belga se adhirieron en su mayoría a la campaña suscitada por los bakuninistas contra el Consejo general, haciéndose extensiva de ese modo la escisión a toda la Internacional.

En estas condiciones se reunió en La Haya, en septiembre de 1872, el quinto Congreso de la Internacional. Este Congreso desechó la propuesta de los bakuninistas, que pretendían convertir al Consejo general en un simple «buzón» o central de correspondencia para las iniciativas de las secciones de la Internacional, sin facultad alguna para intervenir en la vida interna de las secciones. El Congreso de La Haya insistió en la necesidad de dar a la organización de la Internacional una gran centrali-

zación y disciplina y confirió al Consejo general todos los poderes necesarios para fiscalizar las secciones.

En otro acuerdo de este Congreso se hace resaltar la necesidad de que el proletariado constituya un partido político independiente, bajo cuya dirección pueda la clase obrera intervenir de un modo permanente en la vida política y luchar por la conquista del Poder.

La campaña escisionista del ala bukuniniana fué investigada por una Comisión especial del Congreso, que llegó a la conclusión de que Bakunin no había hecho más que disolver formalmente la «Alianza», manteniéndola de hecho como centro secreto de maquinación, de donde partían las instrucciones y normas de lucha contra el Consejo general. El Congreso resolvió, en vista de esto, expulsar de la Internacional a Bakunin.

A propuesta de Marx y Engels, el Congreso decidió desplazar de Londres a Nueva York la residencia del Consejo general. Este acuerdo obedecía al deseo de sustraer el Consejo general no sólo a las influencias de los bakuninistas, sino también a la órbita de los tradeunionistas ingleses, cada vez más supeditados a la burguesía. El acuerdo fué aprobado por el Congreso por 26 votos contra 23 y 9 abstenciones. Los blanquistas franceses abandonaron como protesta la sala de sesiones, declarando que la Internacional huía al otro lado del Océano por miedo a la revolución.

Los acuerdos del Congreso de La Haya no lograron, sin embargo, contener el proceso de descomposición de la Internacional, y los bakuninistas fundaron en el mismo año su Internacional anarquista propia, a la que se adhirieron la mayoría de la secciones italiana, española, suiza y belga, y que subsistió hasta el año 1877.

Tampoco en Francia e Inglaterra encontraba ya ambiente propicio la Internacional. El sexto Congreso, celebrado en Ginebra en 1873, no condujo a nada y fué la última asamblea de la Internacional. El movimiento obrero entraba en un período de desarrollo en que todas sus fuerzas se concentraban en la formación y cristalización de fuertes organizaciones proletarias nacionales. Atenta a esta realidad, la conferencia de la Internacional celebrada en Filadelfia en el mes de junio de 1876, acordó disolver esta organización.

•

En 1874, a los diez años de fundarse la Primera Internacional, escribía Engels (*Cartas a Sorge*, pg. 139):

«La Internacional ha presidido diez años de historia europea en una determinada dirección—en la dirección del porvenir—y puede contemplar orgullosa su labor.

Pero su forma antigua se ha sobrevivido... Yo creo que la próxima Internacional—después que, pasados unos cuantos años, hayan dado sus frutos las obras de Marx—será directamente comunista y proclamará concretamente nuestros principios.»

La Primera Internacional ejerció una influencia enorme en la historia del movimiento obrero internacional. Contribuyó poderosamente a difundir las ideas del socialismo científico. Acabó ideológicamente con todas las tentativas sectarias que pretendían desviar a la clase obrera de los anchos caminos de la lucha de clases, legó al proletariado internacional toda una serie de ejemplos clásicos de lo que es y debe ser una política revolucionaria estrictamente proletaria y auténticamente internacional ante los problemas fundamentales del movimiento obrero, y puso los jalones necesarios para el desarrollo de todo movimiento proletario de masas que quiera avanzar bajo la bandera del socialismo científico o, lo que tanto da, del comunismo.

«La Primera Internacional echó los cimientos de la organización internacional de la clase obrera sobre los cuales había de lanzarse ésta en su asalto revolucionario contra el capital, los cimientos de la lucha proletaria internacional por el socialismo.» (Lenin.)

La Segunda Internacional se demostró incapaz para continuar las tradiciones de su precursora. Su oportunismo en las cuestiones prácticas del movimiento obrero, su ignominiosa capitulación ante la guerra mundial y, finalmente, su papel de auxiliar y servidora del capitalismo durante la primera oleada de las conmociones revolucionarias de la postguerra, papel que hoy se traduce en la conducta lacayuna de aliada de los Gobiernos más o menos «socialistas», de todos esos Gobiernos colocados actualmente a la cabeza de la miseria, de los millones de parados y del fascismo, son otras tantas características de la Segunda Internacional que traicionan abiertamente las tradiciones de la Primera. En realidad, los partidos que hoy componen la Segunda Internacional se han convertido en una fuerza contrarrevolucionaria, en la columna más firme de la burguesía y del fascismo. Y el programa de la Internacional Comunista no hace más que reflejar la verdad cuando retrata con las siguientes palabras el carácter antiproletario de la socialdemocracia actual:

«El principal papel de la socialdemocracia consiste, hoy día, en minar la necesaria unidad del proletariado en su lucha contra el imperialismo. Dividiendo y rompiendo el frente único de la lucha proletaria contra el capital, la socialdemocracia se convierte en la más firme columna del imperialismo dentro de la clase obrera. La socialdemocracia internacional de todos los colores y matices, la Segunda Internacional y su filial, la Internacional Sindical de Amsterdam, han pasado a ser las reservas de la sociedad burguesa y sus pilares más firmes.»

La Internacional Comunista, cuya fundación había pronosticado proféticamente Engels, es hoy la legítima heredera de la Primera Internacional y la ejecutora fiel de sus tradiciones.

II. La Comuna de París

1. El segundo imperio

La época del Segundo Imperio (1852-1870) fué en Francia una época de rápido desarrollo del capitalismo. Crece la industria capitalista, crece el volumen de operaciones comerciales, y Francia se cubre de una apretada red de ferrocarriles. Desde 1851 a 1869 se duplica la riqueza nacional de Francia (de 82 a 162 mil millones). La burguesía financiera, estrechamente unida al Gobierno de Luis Bonaparte, monta un vasto sistema bursátil y una extensa red de especulación, concentrando en sus manos gigantescos capitales.

Paralelamente con este florecimiento del capitalismo, se desarrolla el desplazamiento de la pequeña industria y los oficios artesanos, absorbidos por el gran capital. Esto acarrea la ruina de grandes sectores de la pequeña burguesía en las ciudades. El régimen político del Imperio era un régimen de desenfrenada reacción. La pandilla militar, la burocracia y el clero, gobernaban a su antojo. Las escuelas estaban todas ellas en manos de la Iglesia, y la Prensa sujeta a la más severa censura. Las elecciones a la Asamblea legislativa—una especie de Parlamento que funcionaba durante el Segundo Imperio—se realizaban bajo la más intensa presión del aparato administrativo.

Durante los primeros años del Imperio, Bonaparte pudo apoyarse todavía en los sectores más importantes de la burguesía y de la clase campesina. Pero, a medida que el recuerdo del año 1848 se desvanecía y el Gobierno se iba desenmascarando cada vez más abiertamente como fiel guardián de los intereses de la burguesía financiera, Napoleón perdía el apoyo de la burguesía media e industrial.

Los fracasos de la política exterior bonapartista, que desató una serie de guerras, coronadas todas ellas por el fracaso de Francia; la política fiscal del Gobierno, que echaba todas las cargas del país sobre las masas del pueblo; la increíble corruptibilidad de los funcionarios públicos del Imperio: todo contribuía a fomentar en el país la rápida difusión de las ideas republicanas y de las tendencias oposicionistas. Napoleón intentó en vano contener este movimiento de oposición contra su régimen. En las elecciones de 1869 la oposición, a pesar de todas las coacciones del Poder central, obtuvo tres millones y medio de votos, sólo un millón menos que el Gobierno. El Imperio tocaba a su término.

El movimiento obrero en Francia

A pesar del rápido incremento del capital, en Francia el proletariado industrial no formaba todavía en las décadas del 60 y del 70 un contingente fuerte. Los obreros de la pequeña industria, los artesanos y jornaleros domiciliarios seguían siendo muy numerosos. En París, por ejemplo, de 442.000 obreros industriales que formaban el censo de la población trabajadora, no correspondían a la gran industria ni a los transportes más de 50.000.

En las filas del proletariado francés había todavía muchos sectores afines a la pequeña burguesía que aún no habían superado las preocupaciones pequeñoburguesas. Así se explica la gran influencia que el proudhonismo ejercía sobre los obreros de Francia durante la época del Segundo Imperio. Pero la experiencia constante de la lucha de clases obligó a la clase obrera a convencerse de la inutilidad de las recetas proudhonianas y la puso, poco a poco, en el buen camino. La bancarrota del banco proudhonista titulado «Crédito del Trabajo» en 1868 vino a demostrar prácticamente cuán utópicos eran los planes proudhonistas de lucha contra el capitalismo. La repulsa que las ideas proudhonianas hubieron de recibir, cada vez más enérgicamente, en los Congresos de la Primera Internacional contribuyeron también a que el obrero francés se sobrepusiese rápidamente a las ilusiones pequeñoburguesas del proudhonismo. Hacia fines de la década del 60, una parte de los proudhonistas, que con-

denaban la lucha política, abandonan el terreno del economismo pacífico y la defensa de la propiedad privada.

En el año 1864 se derogó la ley de Chapelier (véase página 14 del cuaderno primero de este Curso), por la que se prohibían las huelgas y coaliciones obreras, lo cual no era obstáculo, por lo demás, para que el Gobierno ametrallase a cada paso a los obreros huelguistas. En Francia empieza a organizarse y va cobrando incremento el movimiento sindical.

Cuando el Gobierno se dió cuenta del influjo que iban conquistando sobre la clase obrera las ideas revolucionarias, se lanzó a perseguir furiosamente a la sección francesa de la Internacional. Los procesos entablados contra ella durante el año 1868 destruyeron casi por completo las bases orgánicas de esta sección, si bien el papel de la Internacional en las huelgas y las persecuciones del Gobierno napoleónico contribuyeron a acrecentar su autoridad entre las masas. La fusión de una serie de organizaciones obreras para formar la Federación parisina de la Internacional no se llevó a efecto hasta el año 1870. Además, los afiliados a la Internacional no tenían un programa claro y armónico ni una dirección segura.

Antes de estallar la guerra francoalemana, el proletariado francés no poseía ni un solo partido nacional propio. En sus filas nos encontramos con proudhonistas, blanquistas y bakuninistas que, profesando ideas radicalmente distintas respecto a las cuestiones fundamentales del movimiento obrero, sólo coincidían en una cosa: en que ninguno de ellos estaba preparado para afrontar los problemas que se alzaban ante la clase trabajadora.

Caída del Imperio. El Gobierno de la "Defensa nacional"

Temeroso del desarrollo que iban cobrando las ideas republicanas dentro del país, Napoleón declaró la guerra a Prusia el 19 de julio de 1870, con la esperanza de que un triunfo militar restablecería el prestigio del Imperio y cortaría los avances del movimiento oposicionista. Por su parte, Bismarck deseaba también la guerra, pues especulaba con el triunfo sobre Francia para imponer la unificación de Alemania bajo la punta del casco prusiano.

La guerra no tardó en poner de manifiesto toda la putrefacción interior del Imperio francés. Las tropas francesas, mal equipadas y conducidas por generales mediocres, sufrían derrota tras derrota. Y a los dos meses de haberse roto las hostilidades, el 2 de setiembre, Napoleón veíase copado en Sedán con una gran parte de su ejército por las tropas prusianas, y obligado a capitular.

El 4 de setiembre es derrocado en París el régimen y proclamada la República burguesa. Las organizaciones obreras, indecisas y divididas, no estaban preparadas para una revolución. La oposición burguesa se encontró con el Poder en el regazo, y formó el llamado «Gobierno de la Defensa nacional». En efecto, las tropas prusianas prosiguieron el avance, y el 19 de setiembre llegaron ya a las puertas de París. Dentro de la capital, sitiada, se reforzaron los contingentes de la Guardia nacional hasta 300.000 hombres, y esto obligó a entregar también armas a la clase obrera.

Los trabajadores y la pequeña burguesía abrigaban sentimientos «pa-

trióticos» y reputaban como el deber más urgente de la hora librar a Francia de las tropas prusianas.

«En Francia la idea patriótica procedía todavía de los tiempos de la Gran Revolución francesa del siglo XVIII; tenía dominado el espíritu de los socialistas en el seno de la Comuna, y Blanqui, por ejemplo, indiscutible revolucionario y fogoso defensor del socialismo, no encontró para su periódico nombre más adecuado que el grito burgués de alarma: «La patria en peligro.» (Lenin).

«Frente al enemigo, no deben existir partidos ni diferencias de opinión», escribía Blanqui en las columnas de su periódico. Estas ilusiones patrióticas que hacían perder la cabeza hasta a un Blanqui, revelan cuán pobre era en el proletariado francés, por aquel entonces, la conciencia de clase y cuán grande la influencia en él de la pequeña burguesía.

Sin embargo, el Gobierno de la «Defensa nacional» tenía más miedo a los obreros armados de dentro de París que a los prusianos que sitiaban la capital. Este miedo hizo que el Gobierno se convirtiese en un Gobierno de «Traición nacional», confabulado en secreto para entregar a París al invasor. Las masas proletarias armadas eran un excelente material de guerra. Pero el Gobierno les temía precisamente a ellas, temía un posible triunfo suyo, y lanzó a la lucha a las secciones de la Guardia nacional, abrigando la secreta esperanza de que fuesen vencidas, pues, para decirlo con las palabras del general Trochu, uno de los ministros,

«si en una gran batalla perecen veinte mil hombres, París capitulará.»

La política traidora del Gobierno, su resistencia y las largas que iba dando para no acceder a las demandas de la población trabajadora de París, que solicitaba acuciosamente la confiscación de los víveres acaparados y su distribución entre el pueblo por medio de bonos de racionamiento, unido a los descalabros militares, encendieron el 31 de octubre de 1870 y el 23 de enero de 1871 algunas tentativas de alzamiento de los jacobinos y los blanquistas. Estas tentativas, carentes de una fuerte organización, acabaron en otros tantos fracasos y en una oleada de represalias. El 28 de enero capituló París. Las condiciones de paz se reservaban a la Asamblea nacional, cuyas elecciones se convocaron para el 6 de febrero.

Las elecciones a la Asamblea nacional se colocaron bajo la consigna de «Por la guerra o por la paz». Los republicanos y los socialistas se rebelaban contra la derrota militar y exigían la continuación de la guerra. En vista de esto, los campesinos dieron sus votos a los monárquicos, que abrazaban el partido de la paz. De los 740 candidatos elegidos para la Asamblea nacional, 450 eran monárquicos. El Parlamento, apenas reunirse, se apresuró a concertar la paz con Prusia, obligándose a pagar una indemnización de cinco mil millones de francos y cediendo al vencedor las provincias de Alsacia y Lorena. Con esto quedaba expedito el camino para ajustar las cuentas con el París revolucionario. Los puestos de gobernador de la capital y comandante de la Guardia nacional se proveyeron en generales monárquicos. Hecho esto, se retiró a los guardias nacionales el salario de franco y medio por día que se les abonaba y que era el único medio de vida de las masas proletarias, dada la gran crisis de paro reinante en París, y por si esto era poco, se derogó la moratoria de alquileres y deudas cambiarias decretada durante la guerra. Estas dos medidas entregaban a la ruina a los obreros y a la pequeña burguesía.

Pero aún quedaba lo más importante: desarmar a los obreros y a los artesanos de París. El presidente del Gobierno, el monárquico Thiers, circuló la orden de que las tropas del Gobierno se adueñasen secretamente de los 250 cañones de la Guardia nacional. Pero el pueblo de París impidió aquel robo de un armamento que era suyo, y el 18 de marzo el Gobierno y las tropas regulares huyeron a Versalles, dejando el Poder de la capital en manos del Comité central de la Guardia nacional, elegido por una mayoría inmensa de sus batallones.

2. La Comuna

El alzamiento del 18 de marzo surgió espontáneamente. Las organizaciones revolucionarias no estaban preparadas para él, ni mucho menos. La Federación de la Internacional no se decidía a mezclarse en el movimiento. El Comité central de la Guardia nacional, aunque proletario y socialista por los elementos que lo integraban, procuró desligarse de toda ulterior responsabilidad y acordó celebrar elecciones a la Comuna, órgano al que debería entregarse todo el Poder. Y para que este Poder nuevo tuviese un carácter realmente democrático, se acordó dar intervención en las elecciones a toda la población. Estas elecciones, en que tomaron parte 230.000 electores, terminaron el 26 de marzo, y el Consejo de la Comuna se hizo cargo del Poder el 28 del mismo mes.

Pero el Comité central de la Guardia nacional, que por lo demás continuaba en sus funciones, no se daba clara cuenta de la conmoción que todo aquello significaba, ni comprendía tampoco la necesidad de lanzarse al ataque sobre Versalles. Le asustaba la idea de desencadenar la guerra civil. Ocupado en organizar las elecciones a la Comuna, dió a los versalleses diez días de plazo para preparar las fuerzas de la contrarrevolución. Otro error fué la precipitación con que el Comité central corrió a entregar el Poder a la Comuna, siendo como era una organización más homogénea y mucho más proletaria que ésta, por los elementos que la integraban. Confiando en llegar a un arreglo con Versalles, el Comité central no privó del derecho de sufragio a la burguesía. Sin embargo, los diecisiete representantes burgueses que resultaron elegidos se apartaron inmediatamente del proletariado, renunciando a sus actas. La Comuna contaba, en total (después de celebrarse nuevas elecciones parciales), con 77 miembros.

Por su composición, la Comuna era fiel reflejo de aquel bloque de las masas proletarias con la pequeña burguesía sellado durante la guerra sobre el principio de la «Defensa nacional»: hacia un 32 por 100 de sus diputados eran obreros, más de un 15 por 100 pequeños empleados, otro 15 por 100 o más modestos comerciantes e industriales, y un 39 por 100, individuos pertenecientes a las llamadas profesiones liberales (abogados, maestros, etc.).

En la Comuna se dibujaron dos grupos: una mayoría formada por jacobinos y blanquistas y una minoría integrada por partidarios de Proudhon. Los jacobinos representaban a la pequeña burguesía radical; no tenían nada de socialistas y aspiraban a la «justicia universal» y a la armonía de las clases. Teníanse por los guardadores de las tradiciones de

la Gran Revolución francesa, no comprendían el movimiento obrero y aspiraban a realizar en la Comuna los ideales democráticos del año 1793, sin advertir que los nuevos tiempos alentaban nuevos ideales y planteaban nuevos problemas.

Mayoría y minoría disentían en no pocos puntos. La minoría cifraba sus esperanzas en una alianza libre de comunas autónomas, era enemiga del Poder público, del Estado, y luchaba tenazmente contra toda medida dictatorial. La tirantez dentro de la Comuna llegó a ser tal, que una de las veces la minoría abandonó la sala de sesiones en señal de protesta, acusando a la mayoría de dictatorial y publicando su protesta en los periódicos, actitud que necesariamente tenía que llevar la confusión al proletariado de París.

La Comuna, que no poseía un programa claro de acción ni una dirección homogénea, dividida como estaba por las discordias intestinas, veíase colocada por las circunstancias ante el trance de acaudillar al proletariado parisino en momentos en que se planteaban problemas ineludibles de extraordinaria dificultad.

La Comuna hubo de desarrollar sus actividades en medio de una situación complicadísima. El aparato del Estado no funcionaba, pues los altos y medianos funcionarios habían huído con el Gobierno a Versalles. La marcha misma de los acontecimientos colocaba a la Comuna en una situación tal que hacía imposible el traspaso de poderes del Estado burgués de una mano a otra; no quedaba más salida que destruir ese aparato y levantar otro completamente nuevo. Y, en efecto, la Comuna abrazó el camino derecho para la solución de este problema; cierto es que lo hizo con gran lentitud y sólo en parte; pero, con todo, su experiencia prestó preciosos servicios al proletariado ruso en 1917.

La Comuna no se organizó como corporación parlamentaria, sino como organismo político práctico, en cuyas manos se confundían el Poder legislativo y el ejecutivo. Sus miembros eran personalmente responsables de su gestión y separables en todo momento. Todos los funcionarios de la Comuna tenían carácter electivo y amovible y percibían sueldos que no rebasaban el salario medio de un obrero de categoría. La Comuna suprimió el ejército permanente, sustituyéndolo por el pueblo en armas, y abolió también la policía.

La Comuna implantó la separación de la Iglesia y el Estado, emancipó a la escuela de la tutela del clero e instauró la enseñanza gratuita en todos los establecimientos docentes. Los jueces fueron declarados electivos, personalmente responsables y amovibles, ni más ni menos que cualquier otro funcionario. Todas estas medidas implantadas por la Comuna modificaron radicalmente el carácter del Poder público, convirtiendo el aparato del Estado de instrumento que era del Gobierno de clase de la burguesía, en el Estado de la clase obrera, basado en el apoyo de las masas trabajadoras.

La Comuna estaba muy lejos de creer que con todas esas medidas implantaba y llevaba a la práctica la dictadura del proletariado. Pero de hecho la realidad de la guerra civil, a la que tenía que atenerse, la obligó a emplear métodos de dictadura y de terrorismo contra el enemigo de clase. No tuvo más remedio que suspender los periódicos de los versalleses y prohibir sus reuniones y asambleas, procedió a registros domiciliarios y detenciones, creó un Comité de Salud Pública y dió un decreto sobre los rehenes y su ejecución. La actividad de la Comuna en el terreno económicosocial fué muy modesta. No planteó siquiera el problema de expropiar a la burguesía. Los decretos promulgados por ella prohibiendo la imposición de multas en las fábricas y en los talleres, suprimiendo el trabajo nocturno en las panaderías, ordenando que las industrias abandonadas por los patronos fuesen entregadas a comunidades de obreros, creando una Bolsa de trabajo, concediendo pensiones de viudedad y orfandad a los deudos de los guardias nacionales muertos luchando contra los versalleses (sin distinguir entre hijos legítimos e ilegítimos) y otros semejantes dejaban intactas las bases del orden social capitalista. En este aspecto de la actividad de la Comuna es donde mejor se nos revela toda la vaguedad y todo el confusionismo de las ideas socialistas que predominaban en el proletariado francés de esta época.

La Comuna se encontró entre las manos con el Banco de Francia, en el que se atesoraban valores que ascendían a tres mil millones de francos. Y en vez de confiscar estos valores, asegurándose así un arma eficaz contra los versalleses, lo que hizo fué velar celosamente por que nadie tocase a la fortuna de la burguesía. La reverencia pequeñoburguesa ante la propiedad privada y la aspiración a realizar la «justicia para todos» hizo que la Comuna rechazase una propuesta de confiscación de los bienes de las compañías ferroviarias y otra encaminada a anular los títulos de la Deuda y a recargar las contribuciones a la burguesía atrincherada en Versalles.

Errores e importancia histórica de la Comuna

La desdicha del proletariado francés era no poseer un partido capaz de comprender y afrontar los problemas decisivos planteados y de acaudillar a las masas obreras. En vez de haber marchado sobre Versalles sin pérdida de momento, el mismo 18 de marzo, para dar la batalla a sus enemigos, el proletariado vaciló, mecido por la esperanza de poder persuadirlos moralmente. ¡Inmenso error! El Comité central de la Guardia nacional hubiera podido dirigir mejor la acción, con independencia de la Comuna. Esta, aunque se viera forzada a abrazar el camino de las medidas dictatoriales y del terror, lo hizo de una manera incompleta y vacilante, sin intervenir con la energía que las circunstancias demandaban. Cometiéronse, además, numerosos errores de carácter militar. Otro gran error fué la conducta seguida con el Banco de Francia. La política social de la Comuna no podía quedarse a medio camino, sino que tenía que haber afrontado enérgicamente la expropiación de la burguesía.

La Comuna no supo tampoco establecer contacto con las provincias. En una serie de centros provinciales (en Lyon, en Marsella, en Saint-Etienne, etc.), al llegar la noticia de lo ocurrido en París, estallaron sublevaciones, pero fueron focos aislados que al Gobierno no le costó trabajo reprimir. Lo más grave de todo era la absoluta falta de contacto entre la Comuna y los campesinos.

Todos estos errores de la Comuna se debían a la falta de madurez del proletariado francés como clase y a la influencia entorpecedora de los elementos pequeñoburgueses de la Comuna (los jacobinos), que llevaban a las filas del proletariado su falta de energía política, sus vacilaciones, su respeto pequeñoburgués a la propiedad privada, etc.

El campo de la contrarrevolución no adolecía precisamente de falta

de una visión clara de los acontecimientos y de su trascendencia, ni de desorganización y falta de decisión y de energía para obrar. Todo lo contrario. Thiers había resuelto desde el primer momento extirpar despiadadamente la Comuna. El Gobierno prusiano le ayudó a realizar el propósito, dando suelta a los prisioneros franceses de guerra para que pudiesen defender el orden social capitalista contra el proletariado.

París veíase acorralado por todas partes; de un lado, por los versalleses; de otro, por las tropas alemanas. El 21 de mayo entraron en París los mercenarios de Versalles. Los habitantes de la Comuna se resistieron una semana entera, con increíble heroísmo. Pero la superioridad de fuerzas de los versalleses venció, y el 28 de mayo caía la Comuna, después de haberse sostenido setenta y dos días. Se desencadenó una espantosa ola de terror; la burguesía no veía saciada su sed de venganza. En el transcurso de unos pocos días fueron fusilados por los versalleses unos 25.000 hombres, y hacia 13.700 condenados y deportados en su mayoría al infierno de fiebre de Nueva Caledonia. Y la clase obrera volvió a saber por propia experiencia cómo se vuelca rabiosamente la venganza de clase de la burguesía sobre los que se atreven a mancillar la santidad de la sociedad burguesa.

Actitud de Marx, de Lenin y de los "socialistas" ante el movimiento de la Comuna

Marx había seguido con la mayor atención el desarrollo de los acontecimientos en Francia durante la guerra francoalemana. Pero no aconsejaba a los proletarios franceses—teniendo en cuenta la inestabilidad de las organizaciones obreras y su falta de preparación para la lucha—que se alzasen contra el Gobierno de la Defensa nacional, sino que entendía que debían aprovecharse del mayor margen de libertad de la vida política para reforzar ante todo sus filas. Pero cuando hubo estallado la Comuna, Marx la saludó con el mayor entusiasmo.

«Sea lo que quiera—escribe el 12 de abril de 1871, en una carta a K[illegible]mann—, este alzamiento de París—aunque sucumba ante los lobos, los c[illegible]s y los perros viles de la vieja sociedad—es la hazaña más gloriosa de nuestro partido desde la insurrección de junio. No hay más que comparar a estos escaladores de cielos de París con los esclavos celestes del Sacro Imperio romano, germanoprusiano, con sus mascaradas póstumas apestando a cuartel, a iglesia, a hidalguía rural y, sobre todo, a filisteísmo.»

Y en otra carta, dirigida también a su amigo Kugelmann y fechada el 17 de abril, Marx escribe que si el proletariado de París se hubiese rendido sin lucha a Thiers,

«la desmoralización de la clase obrera en este caso hubiera sido una desdicha mucho mayor que la desaparición de un cierto número de «jefes». La lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado en una nueva fase gracias a la acción de París. Y cualquiera que sea el resultado inmediato de ella, se habrá conquistado un nuevo punto de partida de importancia histórica universal.»

Dos días después de caer la Comuna, Marx sentábase a escribir la Memoria titulada «La guerra civil en Francia», en la que enjuicia de un modo genial la importancia histórica de la Comuna, a la par que analiza sus experiencias y sus errores.

Para Marx y para Engels, la gran importancia de la Comuna ante la historia universal estaba en haber sido

«sustancialmente, un gobierno de la clase obrera, el fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta bajo la que podía realizarse la emancipación económica del trabajo.» («La guerra civil en Francia», pg. 68.)

Marx y Engels veían en la Comuna la dictadura del proletariado. Y atribuían una importancia grandísima (hasta el punto de haber sido ésta la única rectificación llevada al *Manifiesto Comunista*) al hecho de que la Comuna hubiese demostrado «que la clase obrera no podía limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado echándola a andar sin más al servicio de sus propios fines...», sino que debía «romper esa máquina», como Marx escribe a Kugelmann. Marx estudia con la mayor atención la experiencia de la Comuna, investigando todas aquellas instituciones nuevas con las que tendía a suplir la maquinaria rota del Estado. La abolición del ejército permanente, el principio de elección y de amovilidad general de todos los funcionarios, la nivelación de sus sueldos con los salarios corrientes de la clase obrera, la separación de la Iglesia y el Estado, la supresión de la policía, etc.: tales son los nuevos caminos descubiertos por la Comuna y que, según las palabras de Marx, transforman a la nueva colectividad en una República

«que no aspiraba a suprimir solamente la forma monárquica del gobierno de clase, sino el gobierno de clase mismo.» («La guerra civil en Francia».)

Marx insiste enérgicamente en que la Comuna no tenía absolutamente nada que ver con el régimen de la República parlamentaria burguesa.

«La Comuna no se proponía ser una corporación parlamentaria, sino una corporación activa y laboriosa, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo... En vez de decidir una vez cada tres o cada seis años qué individuos de la clase gobernante debían representar y pisotear al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal se pondría al servicio del pueblo organizado en Comunas al modo como el sufragio individual sirve a cualquier otro patrono para elegir los obreros, los vigilantes y los contables de su empresa...»

Para subrayar con trazos todavía más fuertes el abismo que separa a la Comuna de la República burguesa, Engels escribe en 1891, en su prólogo a la tercera edición de «La guerra civil en Francia»:

«Este aplastamiento del Poder público heredado y su sustitución por un nuevo Poder verdaderamente democrático se estudia detenidamente en el capítulo tercero de «La guerra civil». Pero nos pareció necesario insistir aquí una vez más en algunos de sus rasgos, ya que en Alemania es donde la superstición del Estado, alentada por la filosofía, más se ha adueñado de la conciencia general de la burguesía y aun de no pocos obreros..., creyéndose que se ha dado ya un paso gigantescamente audaz con emanciparse de la fe en la monarquía hereditaria para poner todos los entusiasmos en la república democrática. *La verdad es que el Estado, lo mismo en las repúblicas democráticas que en las monarquías, no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra.*»

Y Engels pone fin a su prólogo con el famoso llamamiento a los filisteos alemanes:

«¿Queréis saber, caballeros, el aspecto que presenta esa dictadura? Pues volved los ojos a la Comuna de París y veréis lo que es la dictadura del proletariado.»

Tales fueron las enseñanzas revolucionarias sacadas por Marx y Engels de la experiencia histórica de la Comuna, y olvidadas y falseadas luego por los corifeos reformistas de la Segunda Internacional. Fué necesario que Lenin, en su obra genial sobre «El Estado y la Revolución», escrita pocos meses antes de Octubre de 1917, desenmascarase esa desvergonzada tergiversación del marxismo por los reformistas, restaurando y desarrollando las verdaderas ideas del marxismo sobre las enseñanzas de la Comuna. Bajo su dirección, el proletariado ruso supo llevar a la práctica las conclusiones revolucionarias de Marx y, adiestrada por los errores de la Comuna, la Revolución de Octubre no volvió a incurrir en ellos.

Apenas hace falta indicar que, si ya antes de la guerra los «socialistas» silenciaban cautamente y falseaban las doctrinas revolucionarias de Marx sobre la Comuna, hoy las pisotean descaradamente. Ya en 1898, Vollmar, «socialista» alemán y uno de los fundadores del reformismo, decía en una polémica sostenida con Rosa Luxemburgo en el Congreso del Partido celebrado en Stuttgart, hablando de la Comuna:

«Los obreros franceses no hubieran servido peor a su causa, seguramente, si hubieran estado durmiendo todo ese tiempo...»

Como se ve, estos «juicios» de buen burgués distan un poco de aquel fervoroso entusiasmo con que Marx ensalzaba la Comuna cuando veía en ella «la hazaña más gloriosa de nuestro partido»; sin embargo, los «socialistas» de entonces no se atrevían todavía a negar el hecho de que la Comuna era para Marx, ante todo y sobre todo, la dictadura del proletariado. Pero los «socialistas» de hoy, convertidos en la más firme columna de la sociedad burguesa, han echado por la borda también, como trasto inservible, la idea de la dictadura del proletariado.

En un artículo sobre «El *Manifiesto Comunista* y la democracia», Carlos Kautsky, el más vil de los renegados de la revolución proletaria, llama a la Comuna de París un «breve episodio local» y se esfuerza en demostrar que el proletariado debe renunciar, en interés de la más completa transformación del capitalismo, a las revoluciones y a las guerras civiles.

Y en su folleto «De la democracia a la esclavitud de Estado», panfleto calumnioso inspirado en el odio irrefrenable que abriga su autor contra la dictadura del proletariado implantada en la U. R. S. S., este mismo Kautsky invita a los obreros alemanes a borrar de su lenguaje esas palabras odiadas de «dictadura del proletariado».

«Todas las razones ordenan, pues, renunciar a seguir empleando el tópico de la dictadura del proletariado, que fué siempre un tópico equívoco y que hasta el año 1917 sólo desempeñó un papel en la literatura polémica, sin aparecer jamás en las obras de agitación del marxismo.» (Obra citada, pg. 84.)

¿Cómo no renunciar a esa consigna—pretende persuadirnos Kautsky—, si hasta en Marx y en Engels no era más que un «extravío de lenguaje» pasajero y ocasional?

«Ellos (es decir, los bolcheviques) se remiten—sigue escribiendo—a Marx y Engels, que hablaron de la dictadura del proletariado. Desgraciadamente, *Marx y Engels no explican jamás esta frase. La emplean siempre con carácter ocasional*. Pero los bolcheviques la han convertido en su programa.» (Obra citada, página 38.)

Hasta ese punto llegan en su desvergüenza, cuando se trata de tergiversar las ideas marxistas, los teóricos de la Segunda Internacional. El propio Marx nos ha legado el mejor testimonio de la importancia que él asignaba dentro del sistema de sus ideas a la dictadura del proletariado. En una carta dirigida a Weydemeyer y fechada ya en el año 1852, Marx escribe que su mérito no está en haber descubierto las clases ni las luchas de clases.

«Los historiadores burgueses habían expuesto ya mucho antes de hacerlo yo el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases. Lo que yo aporté de nuevo fué demostrar: primero, que la existencia de las clases sólo está condicionada por determinadas luchas históricas en el desarrollo de la producción; segundo, que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, y tercero, que esta dictadura no es más que una etapa de tránsito hacia la abolición de todas las clases, hacia una sociedad sin clases.» (Véase Lenin, «El Estado y la revolución», pg. 33.)

Por donde resulta que la «frase ocasional» es para Marx la idea central de su sistema.

Algunos teóricos «socialistas» van todavía más allá que Kautsky, pues no sólo reniegan de las ideas de Marx sobre el Estado, sino que las anatematizan como ideas anarquistas y liberales. Un señor Cunow, autor de una «Teoría marxista del Estado», ha descubierto que «el Estado moderno ha dilatado las fronteras de su intervención» en la vida de las empresas económicas y «en la esfera de los derechos del individuo y de la familia».

«*El desarrollo del Estado ha seguido, pues, otros derroteros de los que Marx y Engels, influídos por las corrientes liberales-anarquistas de su tiempo, creían.*» (H. Cunow, «La teoría marxista de la historia, de la sociedad y del Estado», cuarta edición, 1923, t. I, pg. 319.)

Naturalmente, a estos renegados la experiencia de la Comuna no les dice nada, y la dictadura del proletariado no será jamás su programa. Se desvían cuidadosamente de todo lo que había de revolucionario en la Comuna y, a la par que llenan de calumnias a los bolcheviques, ensalzan precisamente aquellos errores de la Comuna de París que fueron, según Marx puso de manifiesto repetidase veces, una de las causas fundamentales que llevaron a la derrota del proletariado francés: su falta de decisión en la campaña militar contra los versalleses, su transigencia y sus vacilaciones, su aversión a declarar la guerra civil y llevarla a término sin miramiento alguno.

En las jornadas de la Comuna, los precursores de los socialfascistas de hoy—Tolain, un afiliado a la Internacional, y el charlatán pequeñoburgués Luis Blanc—se pasaron al bando de los versalleses. Lo mismo que hoy los lacayos «socialistas» de la sacrosanta democracia burguesa, sosteniendo los estribos al fascismo, se pasan al bando de los versalleses modernos que aplastan al proletariado revolucionario y pugnan en vano por salvar al capitalismo.

Preguntas de repaso

1. *¿Cuáles son los rasgos característicos que distinguen a la época de la Primera Internacional?*
2. *¿Dónde hay que buscar las raíces sociales del proudhonismo y del bakuninismo?*
3. *Establézcase un paralelo entre la Primera Internacional y la Internacional Comunista (previa lectura del programa y de los Estatutos de ésta) y señálese lo que une y lo que separa a estas dos organizaciones.*
4. *¿Cuáles fueron los principales errores de la Comuna de París?*
5. *¿Qué aspectos de la actuación de la Comuna hacen de ella el prototipo de la dictadura del proletariado?*

Indicaciones bibliográficas

a) Sobre la Primera Internacional

No existe todavía una exposición marxista completa de la historia de la Primera Internacional. Tienen gran importancia una serie de pasajes relativamente largos contenidos en la *Correspondencia de Marx y Engels*, en los que figuran también juicios retrospectivos y sintéticos sobre la Internacional. Acerca de la fundación de ésta y de la Alocución inaugural, véase la carta de Marx a Engels que lleva fecha de 4 de noviembre de 1864 («Correspondencia Marx-Engels», t. III). También pueden consultarsee las *Cartas de Marx a Kugelmann* (páginas 72-85: Comunicado confidencial de la Asociación internacional obrera). *Cartas y extractos de cartas de F. Engels y C. Marx a F. A. Sorge y otros* (Stuttgart, 1921, pgs. 36-41: Marx a Sorge (23 de noviembre de 1861) y Engels a Sorge (12 de septiembre de 1864). Pero estos pormenores sólo podrán comprenderse previo el estudio de alguna exposición sistemática. Mencionaremos en primer lugar la obra de G. *Jaeckh, La Internacional*. En conmemoración del 40.° aniversario de la fundación de la Asociación obrera internacional (Leipzig, 1904, 236 páginas). Sobre la historia de la Internacional bakuninista después del Congreso de La Haya, a la que Jaeckh casi no alude, véase *Steklow, Miguel Bakunin*, «La Internacional bakuninista después del Congreso de La Haya», en *Neue Zeit*, cuaderno suplementario núm. 18, 1912. Véase también *Steklow*, «Marx y los anarquistas» (Dresden, 1913), y *F. Brupbacher*, «Marx y Bakunin» (Munich, 1913).

Acerca de la prehistoria y fundación de la Internacional, véase *D. Riazanov*, en «La Internacional Comunista», 1919, núm. 6, pgs. 575-583: La fundación de la Primera Internacional, artículo recogido y ampliado en el «Archivo Marx-Engels», t. I, pgs. 119-202, con el título de «Los orígenes de la Asociación obrera internacional». En la obra bibliográfica de *Mehring* sobre Carlos Marx (Franz Mehring, «Carlos Marx. Historia de su vida», Madrid, Editorial Cenit, 1932, 580 pgs.) se consagra gran espacio a la historia de la Internacional. El estudio de Mehring, rico en detalles, adolece, sin embargo, del defecto de no poner bien de relieve las diferencias de principio que separaban a Marx de Bakunin. En una serie de artículos publicados en la revista *Literatura Obrera*, número extraordinario dedicado a la Primera Internacional (Verlag für Literatur und Politik, Viena, 1924), se estudia la actitud de la Internacional ante los problemas más importantes del movimiento obrero (la guerra, la política económica, los problemas de organización, la Segunda Internacional, la cuestión sindical, el movimiento obrero de los distintos países, la política internacional).

Las experiencias más importantes que se derivan de la historia de la Primera Internacional para los tiempos actuales aparecen hoy resumidas en las tesis publicadas en la *Imprecor* («Correspondencia de Prensa internacional», 1924, núm. 123, extraordinario), que contiene, entre otros, un artículo de Rothstein sobre la historia de la Primera Internacional.

b) Sobre la Comuna de París

F. Engels, «La guerra francoalemana de 1870-71» (obra publicada en la Biblioteca marxista alemana, pg. 20, Berlín, 1931). *Marx*, «La guerra civil en Francia», con la introducción completa de Federico Engels (en «Manuales de Co-

munismo», ed. alem., 1931). Este trabajo de Marx es el análisis histórico y teórico más profundo que se ha hecho de la Comuna de París, y fué escrito a raíz de su represión como alocución del Consejo general de la Primera Internacional, en prueba de la solidaridad de aquel organismo con los militantes de la Comuna, cubiertos de calumnias por todos los órganos de la opinión pública burguesa. Especial importancia tienen los capítulos en que Marx analiza la actuación legislativa de la Comuna y demuestra que el proletariado, tan pronto como conquista el Poder público, adopta instintivamente una serie de medidas que tienden a la abolición del Estado. En sus *Cartas a Kugelmann*, Marx pone de relieve los más importantes errores tácticos de la Comuna. Las *Cartas a Kugelmann* han sido publicadas también en la edición alemana de los «Manuales de Comunismo», con un prólogo de Lenin. La teoría del Estado mantenida en «La guerra civil» aparece analizada y desarrollada con especial agudeza y profundidad por Lenin en su obra sobre «El Estado y la revolución», en relación con otras manifestaciones de Marx y de Engels acerca de la revolución y el Estado. Para conocer el juicio histórico y político que Lenin traza de la Comuna, véase su estudio «Sobre la Comuna de París», en «Pequeña Biblioteca Lenin», pg. 5, 1931. La obra de *Lissagaray*, «La Comunne de París» (Editorial Cenit, «Biblioteca Carlos Marx», Madrid, 1931, 556 pgs.), contiene una exposición detallada de la historia de la Comuna, reproduce literalmente una serie de documentos y hace una crítica severa de la dirección militar. *Monosson, Buschuiev* y otros, «Historia del movimiento revolucionario en el Occidente de Europa» (Moscú, 1929, páginas 199-237), trazan una breve síntesis y un rápido análisis marxista-leninista. *P. Kropotkin*, «La Comuna de París» (Berlín, 1906), expone y juzga los acontecimientos de la Comuna desde el punto de vista anarquista.

Mencionaremos también la copiosa bibliografía de artículos de revista publicados en marzo de 1931 para festejar el 60.º aniversario de la proclamación de la Comuna.

ERRATA IMPORTANTE.—En la página 39, línea 39, de este Curso se ha deslizado una errata que conviene subsanar. Donde dice Canal de Panamá *debe decir* Canal de la Mancha.

36739

CURSOS DE INICIACION MARXISTA

EDICION ESPAÑOLA DIRIGIDA POR W. ROCES

CURSO II

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

(EN ONCE CUADERNOS)

CUADERNOS PUBLICADOS:

Número 1

LA GRAN REVOLUCION FRANCESA

Plan de trabajo: I.—El desarrollo del capital y el viejo régimen. II.—La revolución burguesa. Sus etapas. III.—Las enseñanzas de la revolución.

Número 2

LA REVOLUCION INDUSTRIAL DE INGLATERRA Y EL CARTISMO

Plan de trabajo: I.—La revolución industrial inglesa y sus consecuencias. II.—El movimiento cartista, sus principales etapas y su carácter. III.—Causas de la derrota e importancia histórica del cartismo.

Número 3

LA REVOLUCION DE 1848 EN FRANCIA Y ALEMANIA

Plan de trabajo: I.—Introducción. La revolución industrial en Europa. El socialismo utópico. De la utopía a la ciencia. II.—La revolución de 1848 en Francia. III.—La revolución de 1848 en Alemania y Austria.

Número 4

LA PRIMERA INTERNACIONAL Y LA COMUNA DE PARIS

Plan de trabajo: I.—La Primera Internacional. II.—La Comuna de París.

Los siguientes cuadernos de este curso aparecerán el día 15 de cada mes.

Precio de cada cuaderno suelto, en librerías y quioscos, 1 peseta. [illegible] cripción combinada a los dos Cursos, I y II, 18,10 pesetas, que de[illegible] por giro postal al solicitar la suscripción a Editorial Cenit, [illegible] do 1.239, Madrid.

Los individuos que quieran suscribirse y tengan ya adqu[illegible] gunos cuadernos se le rebajará el importe de la suscripción [illegible] setas por cuaderno que tengan ya comprado.

BIBLIOTECA CARLOS MARX

DIRIGIDA POR W. ROCES

Las obras maestras del socialismo y los jalones de los grandes movimientos socialistas

La teoría socialista y su realización

En esta colección se reunirán, esmeradamente impresos, en traducciones directas e impecables, y magníficamente encuadernados, los libros fundamentales de la teoría socialista y su aplicación a los problemas del día, la historia, la doctrina y la polémica de los grandes caudillos del proletariado internacional, la vida y la obra de los grandes pensadores socialistas del campo marxista y de sus adversarios más importantes. La **Biblioteca Carlos Marx** será una colección de obras de consulta indispensables para cuantos quieran capacitarse seriamente frente a los problemas y las luchas sociales de nuestros días.

VOLUMENES PUBLICADOS:

Lissagaray: HISTORIA DE LA COMMUNE DE PARIS
Un volumen encuadernado de 556 páginas, 25 pesetas.

Franz Mehring: CARLOS MARX (Historia de su vida)
Un volumen encuadernado de 580 páginas, 30 pesetas.

Marx y Engels: EL MANIFIESTO COMUNISTA
(Con una introducción histórica por W. Roces. Notas y comentarios de D. Riazanof. Un estudio de A. Labriola y un apéndice con documentos de la época)
Un volumen encuadernado de 500 páginas, 25 pesetas

Para facilitar la adquisición de estas obras fundamentales, admitimos el pago a plazos, solicitando condiciones de la Editorial. A los suscriptores a los «Cursos de iniciación marxista» les serán concedidas condiciones especiales dirigiéndose a:

EDITORIAL CENIT, S. A. Apartado 1229. MADRID

...es de América pueden dirigirse a sus libreros o a uno de estos ...pasa-Calpe, calle Montevideo, 22, Buenos Aires; Espasa-Calpe, ...ción, 7, Méjico; Espasa-Calpe, Amistad, 110, y Barcelona, 2, Habana.

ERRATA IMPORTANTE
Donde dice Canal de Panamá de...

Datumstrook

Geel

36739

Journaalnummer Standnummer

Oud materiaal: door:
Antikwarisch: Serie
Brochure B/E/F Slavica
Marxistica Slavisch westen
bijgezet:
in register
Datum binnenkomst IISG

Datum overbrengen van systematisch nummer:
27 MAR 1978

==========

Eindcontrôle concept-titelbeschrijving:

Paraaf: Datum:

++++++++++++++++++++++++++++++

Datum invoegen standkat.:

Opmerkingen: